

ew2021-7

Minuto esencial.



Escritidora:
MARIA IRIS PANDO.
(Lima, 1946)

Estaba lloviendo, la noche era muy oscura y fría, pasábamos por momentos muy difíciles en el país, los atentados, los secuestros, las bombas en las comisarías y entidades del estado llenaban los encabezados de los pocos periódicos que circulaban.

Me tocaba turno de amanecida, de 7 p.m. a 7 a.m. en la Clínica Good Hope. Miraflores se ha caracterizado por la humedad permanente y más en el invierno, justo esa noche parecía más húmeda y más fría.

Recibí el reporte, enterándome que la sección de infecto contagioso estaba vacía, por estas fechas era casi normal. Más no así en la sección de pediatría, cirugía y obstetricia.

Preparar los medicamentos para las horas correspondientes, revisar las historias clínicas que eran muchas, conociendo a cada paciente, su diagnóstico y su tratamiento, para luego ir a verlos a cada uno de ellos en su cuarto, con mi inseparable linterna, así lo hice y dejé para el final la sección vacía; pero había que revisarla y para ello atravesar un pasadizo y luego un hall que no tenía techo, por lo que estaba muy mojado, sumamente peligroso para caminar.

Me fijé la hora, eran las cuatro de la mañana; al final del pasadizo antes de subir los doce escalones, esta área quedaba en un segundo piso, atravesando ese cuadrilátero mortal, sentí una ráfaga de viento que me pegó en el rostro lo que me obligó a cubrir con mi capa.

Subí lentamente los escalones, uno, por precaución, para no resbalar y otro por que no había pacientes... sin embargo, al acercarme a la zona, una luz se filtraba por debajo de la puerta del cuarto que estaba al fondo, pensé que el personal del turno anterior había olvidado apagar las luces; con toda confianza abrí la puerta... ¡Un hombre joven, de un salto dejó la cama que había sido impecablemente preparada para paciente! Él, con la mirada inyectada, y los ojos llenos de odio balbuceaba... amenazadoramente blandía un cuchillo grande. En esos segundos elevé una oración a mi protector y amigo, al instante, el rostro de furia del individuo, se tornó en asombro, me miró con terror, se subió a la cama, pisó la ventana y se lanzó al pasadizo que era angosto y trepando por el muro se tiró a la calle.

Yo, inmóvil, vi que había dejado su arma tirada en el piso, no la toqué, cerré la ventana, la puerta y volví a la central de enfermería donde dos técnicas preparaban material para la limpieza de los pacientes, llenaban sus jarras pero al verme, seguramente aún desencajada, me abordaron y conté lo que había sucedido, pidiéndoles no tocar nada del cuarto.

Nuestro director, cirujano, tenía por costumbre venir temprano para intervenir quirúrgicamente, antes de ir a consultorios. A las 6 a.m. estaba ahí, le manifesté lo ocurrido, inmediatamente se comunicó con la policía de investigaciones; no demoraron en venir y en tanto ellos hacían su trabajo, nosotros en enfermería hacíamos el nuestro. El único vigilante asignado a hospitalizados estaba nervioso ya que no le habíamos participado, por falta de tiempo.

Dos días después, me llamaron para identificar entre cuatro detenidos, al visitante nocturno. Con las huellas digitales que había dejado, lo localizaron. Ahí estaba, el policía, le preguntó entonces:

—¿Por qué saliste de esa manera del cuarto?

—Yo no sabía que tuvieran vigilantes bien armados, altos y fuertes como el que acompañaba a la enfermera.



*Él es el aire que respiro.
La fuente de mi inspiración.
Él me da confianza y valentía.
Cambiando la noche en día.*